FUNDAMENTOS DE LA FORMACIÓN SACERDOTAL

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v63i219.89>

JORGE CARLOS PATRÓN WONG*

1. FORMAR PASTORES

Objetivo particular: Los obispos, rectores y formadores dialogan sobre la importancia de ofrecer una formación sacerdotal bien fundamentada.

El objetivo del Seminario diocesano es formar pastores. Esta idea tan sencilla exige que todos los demás elementos formativos se subordinen a este fin, ocupando su justo lugar en la formación.

Si se quiere ampliar esta breve descripción, se puede decir que el Seminario debe formar hombres-discípulos y misioneros-pastores para el pueblo de Dios. Puesto así, con guiones, queda claro que se trata de un único proceso de fe con cierta complejidad, que, partiendo de una sana personalidad y de una vida cristiana bien cultivada, prepara a los futuros presbíteros que guiarán al pueblo de Dios.

Como obispos y formadores, debe quedar claro el objetivo central de la formación, pues el Seminario no pretende formar sólo intelectuales (intelectualismo), aunque se tome muy en serio la preparación intelectual de los seminaristas. Tampoco pretende una formación de tipo monástico (espiritualismo), aunque conceda el lugar central a la oración y la vida sacramental. No pretende formar buenos organizadores (pastoralismo), aunque se preocupe de preparar bien a los seminaristas para las actividades pastorales. Tampoco se trata de formar «ministros de culto» (liturgismo), aunque ofrezca a los seminaristas la mejor formación litúrgica posible.

Este tipo de desequilibrios, a veces tradicionales en nuestros Seminarios, tienden a deformar la identidad presbiteral. Así, conviene que tanto en el ámbito de los formadores como en el de la Conferencia Episcopal, se reflexione con cierta frecuencia sobre la identidad y la espiritualidad del sacerdote diocesano. Señalemos a continuación algunos principios generales que sirven como fundamento para la formación sacerdotal.

* Arzobispo Secretario de la Congregación para el Clero, sección Seminarios.

1. *El sujeto de la formación*

El primer responsable de su formación es el propio seminarista, porque él será en el futuro el sujeto de su formación permanente. En este sentido, la nueva Ratio dice: «Cada seminarista es protagonista de su propia formación y debe hacer un camino de constante crecimiento en el ámbito humano, espiritual, intelectual y pastoral, teniendo en cuenta la propia historia personal y familiar. Los seminaristas son también responsables de la creación y mantenimiento de un clima formativo coherente con los valores evangélicos» (Ratio 130). Así se alude a dos elementos que son absolutamente necesarios para que se pueda realizar una buena formación:

a) *La actitud formativa de cada seminarista.* Se puede describir como disponibilidad y docilidad para aprender de las diversas circunstancias de su vida, en todas las dimensiones de su personalidad. Se trata de conseguir una apertura fundamental que también fomente entre los seminaristas la libertad suficiente para dejarse acompañar y para recibir positivamente la ayuda de sus formadores. Hay que poner mucha atención a este punto, para que el proceso formativo no se quede en un paso casi automático de una etapa a otra, sino que llegue a ser una auténtica experiencia de continuo desarrollo integral.

b) *El clima comunitario* que ayude a la formación. Los valores vocacionales se interiorizan a partir de experiencias significativas que se tejen en las relaciones interpersonales. Por este motivo, lo que ocurre entre los seminaristas como grupo tiene una gran importancia. Cuando existe entre ellos un clima formativo, el mismo ambiente del Seminario fomenta el crecimiento humano, espiritual y específico que está a la base de la formación. Quienes han crecido en un clima formativo adecuado en el Seminario, después en el presbiterio será más fácil que propicien la formación permanente.

Continúa diciendo la Ratio que «se espera que los seminaristas, individualmente y en grupo, muestren –no sólo en su comportamiento externo– que han interiorizado un estilo de vida auténticamente sacerdotal, en la humildad y en el servicio a los hermanos, signo de la opción madura de emprender un especial seguimiento de Cristo» (Ratio 131).

Conviene notar que se trata propiamente de un proceso de *interiorización* de un estilo de vida sacerdotal, que pretende que los valores propios de la vida y el ministerio presbiteral arraiguen en la personalidad de los candidatos. La interiorización se opone al mero comportamiento externo y más aún al simple cumplimiento de una serie de normas o requisitos.

Diversos agentes de la formación ayudan para este fin: el obispo, como último responsable de todo el proceso formativo; la comunidad diocesana y el presbiterio, ámbitos privilegiados para la transmisión de los valores sacerdotales; la comunidad educativa del Seminario, que incluye a los formadores, los profesores y los padres de familia y los empleados; tienen especial relevancia los sacerdote diocesanos, que en todo momento deben asumir una actitud formativa en su trato con los seminaristas; también se da relevancia a la intervención de los laicos y a la importante aportación de las mujeres al discernimiento de las vocaciones al ministerio sacerdotal. Todos ellos deben ayudar a que el seminarista tome en serio su propia formación y lo sostienen para que dé su sí al Señor en el trabajo diario.

Esta larga lista de agentes formativos hace ver que la calidad de la formación sacerdotal depende en gran medida de la madurez de la Iglesia particular y de los bienes espirituales y materiales que ofrece a los candidatos al sacerdocio. Un presbiterio que se mantiene en una actitud de formación continua y una comunidad diocesana que se halla en camino, constituyen el humus eclesial en el que surgen las vocaciones sacerdotales y hace posible garantizar su formación.

Entre los agentes de la formación sacerdotal destaca el equipo formativo del Seminario. En el testimonio presbiteral de cada uno de sus miembros y en la calidad de las relaciones que mantienen entre sí, los seminaristas experimentan una mediación muy significativa para su formación. Ellos son el modelo sacerdotal.

Debe quedar claro que, al final, quien forma a través de todas estas mediaciones es el Espíritu Santo y que es necesario que todos los medios formativos ayuden a los seminaristas a abrirse personal y profundamente a su acción santificadora y a crear el clima comunitario que corresponde al proceso formativo.

2. La identidad presbiteral

Si la finalidad del Seminario es formar pastores, toda la actividad y organización del mismo dependerá del modo de concebir la identidad presbiteral, cuya naturaleza es teológica. El ministerio ordenado tiene su raíz y su origen más profundo en el designio amoroso de Dios, en la nueva Alianza establecida en la sangre de Cristo y en el don del Espíritu Santo que consagra y envía a unos elegidos para que en nombre de Dios conduzcan a su pueblo a través del sacerdocio ministerial. Este origen en la voluntad divina es expresado por el grito profundo que pone el profeta Jeremías en boca de

Dios: «Les daré pastores según mi corazón» (Jr 31, 15). Toda la formación sacerdotal está orientada a ese fin: formar pastores que amen y sirvan al pueblo de Dios con su mismo amor, al que llamamos «caridad pastoral».

El sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles y se complementa con él en la armonía de un único pueblo sacerdotal. Por eso el sacerdote católico no es primero ni principalmente un jefe o una autoridad, sino un hermano entre los hermanos en el sacerdocio común, llamado como todos los fieles a donar su vida como una ofrenda espiritual agradable al Padre. Al mismo tiempo es enviado a ejercer una función paterna en el servicio de autoridad.

El sacerdocio ministerial es esencialmente colegial, de modo que los presbíteros, unidos al obispo, forman entre sí un solo presbiterio, siempre en comunión con la Iglesia. Este concepto es particularmente importante porque fundamenta el sentido comunitario del ejercicio ministerial y también del proceso formativo, que se hace siempre en comunidad. La comunidad educativa del Seminario y la comunidad que constituye en sí mismo el equipo formador utilizan la «gramática de la comunión y de la misión», que son notas esenciales de la Iglesia.

El Señor Jesús se identificó con la figura del Siervo del profeta Isaías y con la imagen del pastor, y declaró que «no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos» (Mt 20, 28). El sacerdote, que es configurado por el sacramento del orden como otro Cristo, deberá actuar siempre movido por este espíritu, haciendo del ejercicio ministerial un camino de humilde servicio y donación personal por el bien del pueblo de Dios. Por ello cualquier forma de autoritarismo o de clericalismo es totalmente ilegítima y profundamente contraria a los valores evangélicos que proclama. Consecuentemente los seminaristas deberán ser educados en el don de sí mismos, desterrando de su corazón todo afán de dominio.

3. La formación como configuración con Cristo

La formación sacerdotal implica un proceso de configuración con Cristo Cabeza, Pastor, Siervo y Esposo (Ratio 35), que consiste en una identificación mística con la persona de Jesús, tal como es presentada en los evangelios. Este proceso místico es un don de Dios que llegará a su plenitud a través de la ordenación sacerdotal y constituye un camino formativo que permanecerá vigente durante la formación permanente. Todo don místico exige la contraparte de una práctica ascética, que es el esfuerzo humano que secunda los dones de la gracia.

La configuración con Cristo tiene como base la vida discipular y misionera, se inicia sustancialmente durante las últimas dos etapas de la formación en el Seminario y es el objeto central de la formación continua a lo largo de toda la vida sacerdotal. El proyecto formativo del Seminario debe garantizar que este proceso sea realizado por cada uno de los seminaristas en el contexto de una cultura determinada.

4. *La formación del hombre interior*

«El cuidado pastoral de los fieles exige que el presbítero posea una sólida formación y una madurez interior» (Ratio 41). Se trata, pues, de formar al hombre interior, capaz de obrar con una gran libertad, que se desarrolla a través del proceso formativo juntamente con el sentido de la comunión eclesial, con una conciencia moral específica del pastor y los correspondientes hábitos virtuosos.

Afirmar la centralidad de la formación del hombre interior significa que el alma del ministerio sacerdotal y de toda la formación es la caridad pastoral. Se busca formar el corazón para que haga suyos los sentimientos y los modos de actuar del Hijo, hallándose continuamente consolado por el Espíritu Santo. Esta interioridad fuerte, que incluye no sólo su actividad, sino su vida misma y también su conciencia moral, lo sostiene en medio de las dificultades y es la razón profunda de su fidelidad.

La formación del hombre interior se opone a una formación centrada en la exterioridad, y coloca las apariencias y la obediencia formal en su justo lugar, es decir, como expresión del corazón. Así se distingue entre el alma de la formación y sus manifestaciones exteriores, dos realidades entre las cuales debe existir una profunda armonía.

2. GRANDES LINEAMIENTOS DE LA «RATIO FUNDAMENTALIS INSTITUTIONIS SACERDOTALIS»

Objetivo particular: Los obispos, rectores y formadores perciben las grandes líneas formativas que están presentes en la Ratio.

1. *Sustentabilidad del Seminario diocesano y comunidad formativa*

El Seminario, como institución, existe en la forma de una *comunidad educativa cristiana*. Esto significa que la comunidad no es solamente el lugar donde se recibe la formación, sino que posee en sí misma una capacidad formativa. Esto es acorde con el valor fundamental de la comunión

en la Iglesia y con la radical forma de vida comunitaria que es propia del ministerio sacerdotal.

Una sana pedagogía formativa debe prestar atención a la experiencia y a las dinámicas de grupo, en las cuales el seminarista participa. La vida comunitaria, durante los años de la formación inicial debe afectar a los individuos, purificando sus intenciones y transformando su conducta en una gradual conformación con Cristo. En la vida diaria la formación se realiza mediante las relaciones interpersonales, los momentos para compartir y de interpelación, que contribuyen al desarrollo de «aquel humus humano», sobre el cual, concretamente, madura una vocación (Ratio 50).

Efectivamente, las relaciones humanas fecundadas e interpretadas por la gracia de Dios, y en concreto por el don de la vocación sacerdotal, son el *vehículo ordinario para la transmisión de valores* que serán fundamentales para el futuro ejercicio ministerial. La comunidad educativa viene a ser, de esta manera, un ámbito de maduración y de discernimiento de la vocación.

Estamos hablando de un «elemento necesario durante el proceso formativo. La experiencia de la vida comunitaria es un elemento precioso e ineludible en la formación de quienes deberán, en el futuro, ejercitar una verdadera paternidad espiritual en medio de las comunidades confiadas a ellos» (Ratio 51). Por ello, la posibilidad de ofrecer una comunidad educativa adecuada, es un *criterio para evaluar la sustentabilidad* de un Seminario. Una comunidad educativa debe contar con un número suficiente de seminaristas, un equipo formador consistente, un cuerpo de profesores cualificado y, sobre todo, debe garantizar un clima humano que facilite el desarrollo de cada persona como hombre y como discípulo del Señor llamado a ser pastor.

Se trata de *establecer las relaciones que corresponden* a la íntima fraternidad sacramental (PO 8), que caracterizará en el futuro la vida presbiteral de los seminaristas.

Los vínculos que se establecen entre formadores y seminaristas deben tener la impronta de la paternidad, y las relaciones entre los mismos seminaristas deben ser fraternas. En realidad, la fraternidad se construye mediante un desarrollo espiritual, que exige un esfuerzo constante para superar las diversas formas de individualismo. Una relación fraterna «no puede ser sólo algo dejado al azar, a las circunstancias favorables», sino una elección deliberada y un reto permanente (Ratio 52).

La vida fraterna es, de este modo, *un ámbito continuo de aprendizaje* y de profundización, de tal manera que prepare a los seminaristas para

hacer un aporte positivo y propositivo tanto en el presbiterio como en la conducción de una comunidad cristiana.

La comunidad del Seminario es una familia, caracterizada por un clima grupal que favorece la amistad y la fraternidad. Tal experiencia ayudará en el futuro al seminarista a comprender mejor las exigencias, las dinámicas y también los problemas de las familias que serán confiadas a su atención pastoral (Ratio 52).

2. La gradualidad de la formación

La gradualidad es uno de los más sabios rasgos de la pedagogía formativa de la Iglesia. Los valores de la fe y de la vocación no se aprenden de una vez para siempre, al contrario, implican *un aprendizaje que constituye la base para otro nuevo aprendizaje*. De esta manera se pone a la *persona en camino*, hacia un *siempre más*, donde todo saber y toda experiencia es progresiva y acumulativa. *Progresiva* porque siempre hay un paso más que dar; *acumulativa* porque la meta ya conseguida continúa siendo objeto de crecimiento.

Desde esta perspectiva se puede describir la formación en el Seminario a través de la siguiente frase: «Formación del *discípulo de Jesús llamado a ser pastor*». Y se puede dividir ese largo proceso en dos partes: primero, la formación del discípulo y, después, la formación específica del pastor. Todo es formación sacerdotal, pero es necesario poner suficientemente una base discipular para luego especificar el contenido sacerdotal (sentido progresivo); sin embargo, el discipulado misionero y la configuración con Cristo Pastor implican un continuo y permanente desarrollo de la personalidad (sentido acumulativo). El creyente, candidato al ministerio ordenado, va tomando decisiones que son para siempre; decisiones que después deberá retomar para profundizarlas y ampliarlas.

Desarrollando con más detalle el proceso pedagógico del discípulo llamado a ser pastor, se dibuja con mayor claridad la gradualidad de la formación a través de cuatro etapas:

a) La *etapa propedéutica*, de al menos un año de duración, ofrece una introducción a la vida sacerdotal y al mismo proceso formativo. *Inicia al seminarista en la vida espiritual*, en concreto en la meditación de la Sagrada Escritura y en los métodos de oración, en la vida sacramental y en la participación litúrgica. Facilita un *primer conocimiento de sí mismo*, de modo que el seminarista llegue a ser consciente de sus principales virtudes y defectos, consiguiendo un «mapa» de la propia personalidad y haciéndose consciente de aquellos puntos de dificultad que deberá afrontar.

tar y aquellos puntos fuertes que deberá ampliar y profundizar. Ofrece al seminarista los *conocimientos necesarios* para comprender su propia fe y su opción vocacional, y para rellenar las eventuales lagunas de su formación precedente. Ayuda al seminarista a una *comprensión más objetiva y universal del apostolado de la Iglesia*. Resumiendo todos estos contenidos, encontramos que la palabra clave es «introducción». Se trata así de una introducción que es válida y necesaria para todos los candidatos, sea cual sea su procedencia, porque plantea un primer paso positivo en la formación.

b) La *etapa discipular* o filosófica, de dos a tres años de duración, acompaña al seminarista en la afirmación consciente y libre de su opción de seguimiento de Jesús en la vida discipular, elemento absolutamente necesario para que, después, se pueda hablar específicamente de formación sacerdotal. Se trata de educar al hombre y al discípulo de una manera rigurosa y sistemática. Trabajando sobre la base puesta en el curso propedéutico, ayuda al seminarista en su experiencia *práctica sistemática de la vida espiritual*, que incluye la oración personal y comunitaria, la vida litúrgica y sacramental, la interpretación creyente de la vida, la historia y los acontecimientos, el desarrollo de las virtudes cardinales y teologales, rasgos todos de un verdadero cristiano. Durante estos años se propicia el *trabajo sistemático sobre la propia personalidad*, afrontando con profundidad mediante el diálogo con los formadores los principales defectos y desarrollando las principales fortalezas. El seminarista debe ser consciente de no haber ocultado nada de sí mismo y de haber trabajado suficientemente de modo particular en su vida afectiva y sexual. Es el momento para *compartir su fe* por medio de la actividad pastoral, concretamente en la catequesis para la iniciación cristiana, y para adquirir una *visión crítica y creyente de la realidad* a través del estudio de la filosofía y de las ciencias humanas. La palabra clave de esta etapa es «formación sistemática» y el resultado que se espera alcanzar es un hombre más libre y un cristiano más auténtico, capaz de dedicarse intensa y generosamente a su propia formación sacerdotal.

c) La *etapa de configuración* o teológica, de cuatro años de duración, es más específica, porque ayuda al seminarista a emprender el camino místico y ascético de la configuración espiritual con Cristo Siervo, Pastor, Sacerdote y Cabeza, asumiendo un compromiso eclesial y público a través del rito de admisión entre los candidatos a las sagradas órdenes. Pasamos de la fase educativa a una fase propiamente formativa.

El seminarista, sin descuidar lo aprendido en las dos etapas anteriores, comienza a vivir la *espiritualidad sacerdotal* que comprende la oración por el pueblo de Dios, una participación más activa y consciente en los misterios de Cristo a través de la liturgia y los sacramentos, que viene ritmada por la recepción de los ministerios de lector y acólito y un sentido profundo de pertenencia a la Iglesia en el plano particular y universal. El trabajo realizado sobre la propia personalidad adquiere ahora un sentido pastoral, consiguiendo que el seminarista, consciente de sus virtudes y defectos, llegue a *ser un puente y no un obstáculo* entre Jesucristo y los hombres a quienes está destinado a evangelizar. En este momento de la formación el seminarista pone todo lo que es y lo que tiene al servicio del Evangelio, profundizando en la pobreza, el celibato y la obediencia propias del sacerdote diocesano. El *estudio de la teología* está profundamente vinculado a la formación, de tal modo que el seminarista traduzca sus contenidos en vida espiritual, sacerdotal y pastoral. La actividad apostólica servirá para ampliar su visión del ministerio sacerdotal específicamente en el ámbito de la Iglesia particular, aprendiendo a valorar y potenciar todos los carismas y vocaciones que están presentes en ella y la constituyen. Así, la palabra clave en este momento formativo es «especificidad».

d) La *etapa pastoral* o de síntesis vocacional. Es una etapa de duración y modalidad variables, según la práctica y la tradición de la diócesis. Transcurre entre el fin de la estancia en el Seminario y la ordenación presbiteral. Viene marcada por dos elementos fundamentales: la *inserción en una comunidad* cristiana, sea parroquial o de otro tipo, y la recepción de las *sagradas órdenes* del diaconado y el presbiterado. El candidato al presbiterado debe rescatar todo lo aprendido durante su estancia en el Seminario y darle continuidad en el contexto pastoral de la comunidad de inserción, preparándose inmediatamente para iniciar la formación permanente. Parte importante de esta inserción pastoral es la *participación en el presbiterio* y en diversos equipos sacerdotales, sea a nivel de la parroquia o de las comisiones diocesanas; debe experimentar en la práctica que se trata de una común vocación y una común misión, que comparte con sus hermanos en el presbiterio. Un lugar especial en su formación es ocupado por la *meditación del ritual de órdenes*, que contiene elementos riquísimos para la configuración sacramental con Cristo Pastor. Por otro lado, y como parte de su formación específica, se pone a prueba su disponibilidad para el *humilde servicio* y su aptitud para la *colaboración* en la misión pastoral con los fieles laicos y religiosos.

Las *modalidades* de la etapa pastoral son principalmente tres: la misión pastoral conviviendo con un equipo sacerdotal, por ejemplo, en una parroquia; la misión pastoral conviviendo en una casa de formación específica para esta etapa, bajo la dirección de un sacerdote experimentado; la permanencia en el Seminario hasta la ordenación presbiteral. Los seminaristas que han realizado su formación en un Seminario interdiocesano o nacional, encuentran en esta etapa una oportunidad para un conocimiento más directo y vivencial de su Iglesia particular. La palabra clave para esta etapa es «entrega definitiva».

La gradualidad es parte fundamental de la pedagogía formativa. Se puede hablar de la gradualidad de las etapas, tal como se ha hecho. Se puede especificar la gradualidad dentro de cada etapa, trazando un camino formativo con medios y materiales concretos (objeto del proyecto formativo de cada Seminario). Pero aún se puede hablar de la gradualidad de cada persona y cada grupo, que maduran de acuerdo a sus propias características y posibilidades.

3. *La formación integral*

La integralidad es un principio formativo básico, que propone que el seminarista crezca de modo integral, es decir, cultivando simultáneamente las cuatro dimensiones de la formación, tal como se ha especificado al explicar las etapas formativas. El seminarista va creciendo gradualmente en la integralidad, de la siguiente manera:

a) Durante las primeras etapas de la formación, presentando a los seminaristas retos de crecimiento en cada una de las dimensiones, ayudándoles a no refugiarse en sus propias fortalezas, abriéndose auténticamente a un crecimiento equilibrado. El seminarista sentirá que hace un esfuerzo en áreas desconocidas, que le crean cierta incomodidad, para algunos será el deporte, para otros el estudio, para otros la vida fraterna. El punto central consiste en que comprendan y asuman el sentido de la integralidad. En el curso introductorio se subraya la novedad de esta integralidad y durante la etapa filosófica o discipular el crecimiento sistemático en cada dimensión.

b) Durante las últimas etapas, la formación integral debe ser asumida por el seminarista de un modo más natural y profundo. Ya no descuida una de las dimensiones por atender a la otra, porque ha comprendido, aceptado y practicado la formación integral. El seminarista se experimen-

tará más maduro y completo como persona gracias al cultivo armónico de las cuatro dimensiones.

c) Durante la formación permanente, el sacerdote asume, por propia responsabilidad e iniciativa, las cuatro dimensiones de su formación, convirtiéndose efectivamente en protagonista del propio proceso discipular y continuando su configuración con Cristo Siervo, Pastor, Sacerdote y Cabeza.

4. *Importancia del proyecto integral de formación*

El obispo diocesano (o los obispos interesados, en el caso de un Seminario interdiocesano), ayudado por el equipo de formadores del Seminario, tiene el deber de elaborar un proyecto de «formación integral», llamado también itinerario formativo, y de promover su aplicación práctica respetando las diversas etapas y el proceso pedagógico correspondientes. Teniendo como referencia la *Ratio fundamentalis*, este proyecto tiene como meta aplicar la normativa de la *Ratio nationalis* y la visión pedagógica que la inspira, de acuerdo con la realidad y las exigencias de la Iglesia particular, teniendo en cuenta el origen cultural de los seminaristas, la pastoral de la diócesis y la propia «tradición formativa» (Ratio 10).

El proyecto integral de formación propone un camino *pedagógico* para conseguir los objetivos de cada una de las etapas formativas y de las diversas dimensiones de la formación, previendo los medios más convenientes, los tiempos de su aplicación y la gradualidad educativa que sea más pertinente, de acuerdo con las circunstancias locales. El proyecto formativo no se refiere al conjunto, pues esto ya está previsto en la *Ratio nacional* y en los Estatutos, sino que incluye *varios proyectos más específicos, uno para cada una de las etapas*. Es elaborado por los formadores y constituye la *propuesta formativa* del Seminario, que los seminaristas deben aceptar.

5. *Acompañamiento y discernimiento vocacional*

Un medio privilegiado de formación sacerdotal, desde los años del Seminario y a lo largo del ministerio presbiteral, es el *acompañamiento personal*. Necesitamos del otro. Se requiere la conciencia de la propia necesidad de ser ayudados. Es signo de madurez pedir ayuda. Nadie se salva solo, somos salvados en comunidad. Somos sujetos y objeto de la formación sacerdotal.

Un recto acompañamiento, equilibrado y respetuoso de la libertad y de la conciencia de los demás, que les ayude en su desarrollo humano y espiritual, exige que cada formador sea competente y esté dotado de los recursos humanos, espirituales, pastorales y profesionales necesarios (Ratio 49).

Un elemento importante en el acompañamiento es la *confianza* (Ratio 47), con la cual el candidato es capaz de confiar su vida a otra persona, entregándole su intimidad. El *respeto*, la *empatía*, la *escucha* son, entre otros, claves para ayudar a crecer en la confianza dentro de una relación interpersonal. Cuando uno se siente escuchado aprende a confiar su vida en otro. Y sólo está dispuesto a acoger un consejo o una propuesta cuando se ha sentido escuchado, antes es difícil.

Necesitamos, como acompañantes, aprender a escuchar, y a escuchar no sólo lo que se comunica verbalmente, sino sobre todo lo que se expresa en formas no verbales, que constituyen la mayor parte de la comunicación. Gestos, miradas, posturas, tono de la voz, etc., son expresiones de un mensaje que, queriendo y muchas veces no queriendo, se comunica. También conviene que durante el coloquio el acompañante se escuche a sí mismo. Cuando se interactúa con otra persona algo sucede en el interior del oyente, y eso que se vive internamente puede ser manifestación de lo que la otra persona está viviendo, luego eso ayuda a comprender y conocer aún más al otro.

El fin del acompañamiento no es solo un autoconocimiento, se debe ir más allá, como lo recuerda el Papa Francisco, en *Evangelii gaudium* 170, exhortando a que el acompañamiento personal y espiritual, aunque suene obvio, debe llevar a Dios y no quedarse sólo en una auto-contemplación, en la inmanencia, sin posibilidad de alcanzar la *trascendencia*.

Cuando en el acompañamiento personal se le presenta al seminarista el ideal a alcanzar, es decir la Persona de Jesús, se busca que el acompañado llegue a identificarse con Cristo Pastor y pueda, paso a paso, ir creciendo en parecerse a Él, hasta llegar cada vez más a pensar como Él piensa, a sentir como Él siente, a vivir como Él vivió, a tomar su forma, su figura (configuración) hasta repetir con san Pablo: «Ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí»; así, el acompañamiento llega a ser una experiencia pedagógica y formativa.

Cuando el formador presenta este Modelo tiene que hacerlo *progresivamente*, según la etapa en la que se encuentre el seminarista y según el nivel de madurez alcanzado hasta el momento. Esta gradualidad y pedagogía se puede concretizar en un *proyecto personal de vida*; así, tanto el formador como el seminarista, saben hacia dónde apuntan y cuáles son

los pasos que se deben ir dando para alcanzar la meta. Si dejamos que el acompañamiento tome cualquier rumbo y sin un proyecto claro, lo más probable es que no se dé el crecimiento, y la persona no esté formándose verdaderamente. Un acompañamiento donde no se ve el *crecimiento*, es una pérdida de tiempo y de esfuerzos.

Un serio discernimiento de la situación vocacional del candidato desde el inicio impedirá que se postergue inútilmente el juicio sobre su idoneidad para el ministerio presbiteral, evitando conducir a un seminarista a los umbrales de la ordenación, sin que tenga las condiciones imprescindibles requeridas (Ratio 48).

3. PRESENTACIÓN DE LAS ETAPAS PROPEDEÚTICA Y FILOSÓFICA O DISCIPULAR

Objetivo particular: Los obispos, rectores y formadores comprenden la importancia que tiene establecer una base firme en la vida humana y cristiana del discípulo llamado a ser pastor, a lo largo de las dos primeras etapas de la formación inicial.

Durante todo el proceso educativo en el Seminario se forma al «discípulo llamado a ser pastor» (Ratio 57). Esto quiere decir que todos los medios formativos se ordenan a la formación del pastor. Sin embargo, el conjunto se puede dividir en dos grandes partes. La primera de carácter más discipular-misionero y la segunda más específicamente pastoral.

Evidentemente, tanto el discipulado como la configuración con Cristo Pastor se prolongan a lo largo de toda la vida sacerdotal, en la dinámica propia de una continua conversión; sin embargo, es metodológicamente necesario establecer firmemente estos dos dinamismos espirituales durante la formación inicial, de tal modo que el futuro sacerdote cuente con los recursos necesarios para asumir la propia formación permanente.

1. *El concepto de discipulado*

Discípulo es aquel que ha sido llamado por el Señor a estar con Él (Mc 3, 14), a seguirlo y a convertirse en misionero del Evangelio. El discípulo aprende cotidianamente a entrar en los secretos del Reino de Dios, viviendo una relación profunda con Jesús. Este «permanecer» con Cristo implica un camino pedagógico-espiritual, que transforma la existencia, para ser testimonio de su amor en el mundo (Ratio 61).

El camino discipular y misionero, que son llamados a vivir todos los fieles cristianos, debe ser afirmado y estructurado consistentemente porque constituye la base para la formación específica del pastor. Por este motivo,

las primeras etapas formativas permanecen naturalmente abiertas a la posibilidad de que el seminarista abandone el proceso formativo eligiendo otro camino de vida (Ratio 60.67).

Durante estas primeras etapas, la formación ofrece elementos importantes para la maduración humana y cristiana de los seminaristas, los cuales permanecen válidos también en el caso de que el seminarista abandone el proceso formativo, pues son muy útiles para cualquier forma de vida cristiana. Es fundamental establecer una sinergia entre el crecimiento en la fe y la maduración personal, pues una cosa reclama a la otra en un único proceso formativo.

2. *La etapa propedéutica*

La nueva Ratio afirma: «La etapa propedéutica es indispensable y tiene su propia especificidad» (Ratio 59). Es frecuente que, en la práctica, tanto a los obispos como a los formadores, nos cueste aceptar la necesidad de establecer la etapa propedéutica y haya cierta dificultad para comprender su especificidad y su dinamismo.

Necesidad. Algunas veces se ha intentado justificar la etapa propedéutica desde un punto de vista negativo, es decir, para suplir las deficiencias o «lagunas» que se observan en las nuevas generaciones. Antes se ponía más atención a las carencias en la formación intelectual: ortografía, redacción, latín, pensamiento abstracto, etc. También se ha fijado en carencias de la formación humana: familias disfuncionales, poca formación afectiva y moral, etc. Más recientemente se subrayan las carencias en la educación cristiana: fe inmadura y poco formada, raíz cristiana poco profunda en la historia personal, fe teórica que no se traduce en actitudes de caridad, etc. También pueden constatare deficiencias en la dimensión pastoral: visión pobre de la Iglesia, dependencia de un movimiento eclesial, poca experiencia apostólica, desconocimiento de la realidad eclesial y sacerdotal, etc.

Sin embargo, la perspectiva de la Ratio es positiva. Se pretende ofrecer «una preparación de carácter introductorio, con el objetivo de discernir la conveniencia de continuar la formación sacerdotal o emprender un camino de vida diverso» (Ratio 59). Se parte de la convicción de que, más allá de las deficiencias que sea conveniente atender, se requiere *una introducción a la formación sacerdotal*, y es muy conveniente hacer un primer discernimiento de la vocación sacerdotal. Esta introducción es propositiva y válida

para todos los candidatos: los que proceden del Seminario Menor, los que sintieron la llamada de Dios a raíz de su participación en las parroquias y movimientos juveniles, y también los que optan por el sacerdocio en una edad más avanzada tras haber ejercido una profesión.

Introducir significa sentar las bases para un trabajo *ulterior*. Se habla en concreto de introducción al silencio, a la lectura de la Sagrada Escritura, a un método de oración, a la vida comunitaria y sacramental, al conocimiento de sí mismo, a la realidad de la Iglesia particular y del sacerdocio, a los estudios eclesiásticos, a la doctrina de la Iglesia y al catecismo. La lista puede ampliarse desde el momento en que se pretende proponer un camino formativo válido para todos los candidatos, haciendo ver que son muchos los contenidos a tratar. El centro de la etapa propedéutica es así esta introducción positiva y propositiva, en la que no se da nada por supuesto, con el fin de establecer una base sólida para todo el proceso formativo.

Evidentemente los contenidos y las asignaturas que corresponden a la etapa propedéutica no son contemplados en los programas de las facultades de filosofía.

Aquí surge el reto y la ocasión para que *los formadores asuman con seriedad su función educativa*, estructurando el curso propedéutico e incluso las clases en la misma estructura de la comunidad educativa del Seminario. El equipo formador deberá diseñar un proyecto o itinerario formativo para esta etapa, por medio del cual se garantice la función introductoria de la misma, relacionándolo dinámicamente con el plan de estudios correspondiente.

Este modelo pedagógico valdrá después tanto para las demás etapas del Seminario como, de modo diverso, para la formación permanente. Hay que convencerse de que no basta con enviar a los seminaristas a una facultad, es fundamental que la comunidad diocesana asuma su responsabilidad formativa y que el equipo formador establezca procesos que ayuden a la maduración integral de los seminaristas. Una buena recomendación es iniciar una renovación gradual de todo el Seminario partiendo de la etapa propedéutica.

Especificidad. La etapa propedéutica se distingue con claridad de la pastoral vocacional y de la etapa filosófica. La especificidad de la etapa propedéutica se ve a veces amenazada cuando permitimos que otros intereses y preocupaciones pesen más que el anhelo de ofrecer la mejor formación posible a los seminaristas.

Es frecuente que la etapa propedéutica se confunda con *un momento del proceso vocacional previo* al ingreso al Seminario Mayor marcado por un discernimiento especialmente cuidado. Así, nos encontramos con que se le llama «etapa propedéutica» a una convivencia vocacional de una semana o de un mes. En este caso pesa más la preocupación por el número de vocaciones que su formación.

Juzgamos que pueden pasar directamente a la filosofía porque no profundizamos en la necesidad que tienen de introducirse a la vida del Seminario y, sobre todo, de discernir su vocación.

Por este motivo, el texto de la Ratio afirma lo siguiente: «A la luz de la experiencia acumulada de los últimos decenios, se reconoce la necesidad de dedicar enteramente un periodo de tiempo, ordinariamente no inferior a un año y no superior a dos» (Ratio 59). Se trata así de un curso completo, enteramente dedicado a establecer las bases de todo el proceso formativo.

También es frecuente que la etapa propedéutica se confunda con un *primer año de filosofía*, entendiéndola no como una introducción a la formación sacerdotal, sino como una introducción a la filosofía. En algunos seminarios se ha creado esta confusión a partir del interés por conseguir una titulación civil para los seminaristas.

En otros se quiere «aprovechar el tiempo» adelantando contenidos de carácter filosófico. En general se otorga una mayor valoración a los estudios que al proceso formativo. La Ratio afirma con claridad: «Los estudios de la etapa propedéutica son netamente diversos de la filosofía» (Ratio 59).

Para aclarar este punto puede ayudar asomarse brevemente a la materia de estudio propia de la etapa propedéutica:

- Iniciación a la lectura de la Sagrada Escritura, que permita un primer conocimiento de la Biblia en todas sus partes.
- Introducción al misterio de Cristo y de la Iglesia, a la teología del sacerdocio y a la liturgia, mediante el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica y de los libros litúrgicos.
- Introducción a los documentos del Concilio Vaticano II y al Magisterio de la Iglesia, sobre todo el Magisterio Pontificio.
- Elementos de espiritualidad presbiteral, con especial atención a las principales «escuelas» espirituales y a los santos que han ofrecido el testimonio de una vida sacerdotal ejemplar.
- Elementos de historia de la Iglesia universal y de la Iglesia local, especialmente desde el punto de vista misionero.

- Hagiografía de los santos y de los beatos propios de la diócesis o de la región.
- Elementos de cultura humanística, mediante el conocimiento de obras de autores nacionales y de las religiones no cristianas del país y de la región.
- Elementos de psicología, que puedan ayudar a los seminaristas en el conocimiento de sí mismos (Ratio 157).

Mirando este conjunto de contenidos se capta la clara distinción entre los estudios propedéuticos y la filosofía, además de la especificidad y utilidad de los contenidos propios de la etapa propedéutica que deben ser profundizados a través del proyecto formativo. En la diócesis se deberá configurar el itinerario formativo que garantice los fines de la etapa.

Dinamismo. La etapa propedéutica se distingue del resto de la formación por un dinamismo que la caracteriza y recomienda que «se viva en una comunidad distinta de la del Seminario Mayor, y donde sea posible, tenga una sede propia. Así pues, se establezca una etapa propedéutica, provista de formadores propios, que procuren una buena formación humana y cristiana, y realicen una seria selección de los candidatos al Seminario Mayor» (Ratio 60).

¿Cuáles son las características de este dinamismo propio? Se deben formular en el contexto de cada diócesis, pero al menos hay que incluir las siguientes:

–Se propone una sede diversa porque el curso propedéutico supone un *ambiente de silencio*, donde los seminaristas tienen experiencias que para ellos son novedosas y a la vez básicas: aprenden a dormir a sus horas, a comer lo que hay, a hacer deporte, a respetar las horas de estudio, a reflexionar y tomar mejores decisiones, a aceptar a los hermanos, a trabajar, a limpiar la casa y lavar su ropa, a orar y a aproximarse a la Palabra de Dios, a cuidar la vida sacramental, a poner atención a las situaciones de los demás y a solidarizarse con ellos, etc.

–La etapa propedéutica se define como «un verdadero y propio tiempo de discernimiento vocacional, realizado en el contexto de una vida comunitaria» (Ratio 60). La comunidad tiene una gran importancia porque representa para los seminaristas una expresión concreta de la comunión en la Iglesia, de la fraternidad presbiteral que vivirán en el futuro, y se convierte en ámbito privilegiado para el discernimiento vocacional.

–La etapa propedéutica constituye un ámbito de *maduración en la fe*, por eso es frecuente que adopte la forma de un catecumenado, en el que la

catequesis sobre la Sagrada Escritura, la persona de Jesús y la vida de la Iglesia tiene un lugar central. Esto es coherente con el estudio de materias como la Historia de la salvación y el Catecismo de la Iglesia Católica. La comunidad de todo el Seminario deberá conservar estas características, pero es importante que al inicio se afirmen con mayor claridad.

—La etapa propedéutica exige y estimula el *autoconocimiento*. El seminarista constata su condición física y psíquica, reconoce sus habilidades de pensamiento, identifica sus principales virtudes y defectos, reconoce sus principales sentimientos y calibra la calidad de sus relaciones humanas. Además, se abre a la ayuda de los especialistas, sobre todo en el área de la medicina y de la psicología. Concluye el curso con un «mapa» de la propia personalidad que le guiará en su formación durante las etapas sucesivas.

—El seminarista de la etapa propedéutica experimenta *la separación de su familia* y de su ambiente social de origen. Con ello inicia un proceso de análisis y relectura de los vínculos familiares y sociales que está en la base del desarrollo personal y continuará a lo largo de la vida.

—La etapa propedéutica propicia un conocimiento experiencial y directo del *sacerdocio*, a través del testimonio de los formadores y de la proximidad con diversos sacerdotes de la diócesis. De modo que el seminarista puede identificar mejor el objeto de su elección vocacional.

Es conveniente que tanto en la organización de Seminarios del país como en la Conferencia episcopal haya un diálogo abundante sobre la etapa propedéutica y el modo de implementarla en el país, llegando a acuerdos sobre su duración, sus objetivos y las características de su puesta en práctica. Conseguir una formación con criterios comunes para todo el país a este nivel de la primera iniciación puede llegar a significar una gran fortaleza para toda la formación sacerdotal.

3. *La etapa discipular o filosófica*

Se la designa con el nombre de «etapa discipular» porque pretende que el seminarista llegue a tomar la decisión definitiva y vinculante de ser discípulo del Señor y misionero del Evangelio, continúe o no en el camino hacia el sacerdocio.

Justificación y contenido. «La experiencia y la dinámica del discipulado, que como ya se ha indicado dura toda la vida y comprende toda la formación presbiteral, requiere pedagógicamente una etapa específica, durante

la cual se invierten todas las energías posibles para arraigar al seminarista en el seguimiento de Cristo, escuchando su Palabra, conservándola en el corazón y poniéndola en práctica» (Ratio 62).

La comparación con una planta que echa raíces es eficaz para ilustrar el proceso de maduración del seminarista durante esta segunda etapa. Se trata de fomentar una escucha de la Palabra de Cristo que fecunde y transforme el corazón del seminarista y lo disponga a ponerla en práctica con alegría. Para formarse para el sacerdocio ministerial es totalmente necesaria la base de una fe suficientemente madura, sobre la cual girará la comprensión e interpretación de los valores sacerdotales y de todo el proceso espiritual de configuración con Cristo.

La etapa filosófica o discipular se justifica también como un medio para *el desarrollo de la personalidad*.

Durante el proceso de la formación sacerdotal nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia de la formación humana; la santidad de un presbítero, de hecho, se injerta en ella y depende, en gran parte, de su autenticidad y de su madurez humana. La carencia de una personalidad bien estructurada y equilibrada se constituye en un serio y objetivo impedimento para la continuidad de la formación para el sacerdocio (Ratio 63).

Si durante la etapa propedéutica el seminarista consiguió el «mapa» de sus virtudes y defectos, a lo largo de la etapa filosófica o discipular deberá hacer, con la ayuda de sus formadores y de un adecuado itinerario formativo, un trabajo sistemático y detallado que le ayude a potenciar las virtudes y a manejar los defectos de tal modo que no constituyan un obstáculo para su futura misión pastoral.

El estudio de la filosofía y de las ciencias del hombre contribuye de modo significativo a la opción discipular y a la maduración humana, pues ofrece al seminarista la oportunidad de construir un pensamiento más ajustado a la realidad y adquirir una visión crítica y más completa de sí mismo, del mundo, de las relaciones humanas, de la sociedad, de la obra de la Creación y de Dios.

La actividad apostólica del seminarista en esta etapa se orienta a profundizar en la *iniciación cristiana* y a comunicar su experiencia de fe. De modo que a través del apostolado reafirma su propio proceso formativo y discipular.

Dinamismo. La etapa filosófica o discipular también se puede denominar «estructuradora» o «educativa», puesto que su finalidad es construir hábitos y estructuras en la personalidad del seminarista. Para conseguir

este fin tiene una importancia central el aprendizaje de diversas metodologías. En efecto, el seminarista de la etapa filosófica o discipular necesita un método estable de oración, un método para la meditación de los ejemplos de Cristo, un método de lectura comprensiva para el estudio, un método de análisis, de investigación y de síntesis, un orden metodológico de sus horarios y sus calendarios, un método para la catequesis y el apostolado.

Se puede concluir que el dinamismo de esta etapa es el propio de un trabajo sistemático que debe dar regularidad a todas las cosas, y particularmente al acompañamiento de parte de los formadores. Ya no se trata solo de introducirse, sino de experimentar con suficiente consistencia los frutos de una verdadera dedicación al proceso formativo.

4. PRESENTACIÓN DE LAS ETAPAS TEOLÓGICA O CONFIGURATIVA Y PASTORAL

Objetivo particular: Los obispos, rectores y formadores perciben la especificidad de la formación del discípulo llamado a ser pastor durante las últimas etapas de la formación inicial.

1. *El concepto de configuración con Cristo*

Desde el primer momento vocacional toda la vida del presbítero es una formación continua: la propia del discípulo de Jesús, dócil a la acción del Espíritu Santo para el servicio a la Iglesia. La pedagogía de la formación inicial, durante los primeros años de Seminario, procuraba inducir al candidato a entrar en la *sequela Christi*. Finalizada la etapa filosófica o discipular, la formación se concentra en el proceso de configuración del seminarista con Cristo, Pastor y Siervo, para que, unido a Él, pueda hacer de la propia vida un don de sí para los demás (Ratio 68a).

La configuración con Cristo exige entrar con profundidad en la contemplación del Hijo predilecto del Padre, enviado como Pastor del pueblo de Dios. La práctica de la contemplación hace que la relación con Cristo sea más íntima y personal y, al mismo tiempo, favorece el conocimiento y la aceptación de la identidad presbiteral (Ratio 68b).

La palabra configuración es compuesta: *con-figuración*, o sea, con la figura o la forma de Cristo. Adquirir la forma de Cristo, ser otros cristos, sólo es posible por la acción del Padre, a través de su Espíritu. Desde que se ha iniciado el camino de la vida cristiana con el sacramento del bautismo, el Padre ha comenzado esta obra en cada uno de sus hijos. Durante la etapa filosófica o discipular, el seminarista ha seguido creciendo en asemejarse

más y más a Cristo. Ahora en la etapa teológica o de configuración, y ya sentadas las bases de una sólida vida discipular, puede seguir creciendo con miras a adquirir una identificación más específica con Cristo Pastor, que envuelve todo el ser del seminarista: pensamientos, palabras, acciones, sentimientos, etc., para poder repetir como Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2, 20).

Naturalmente, al terminar la etapa teológica o configuradora, aún habrá mucho camino por recorrer para alcanzar la plena identificación con Cristo. Al tratarse de un camino que día a día se sigue recorriendo a lo largo del ministerio sacerdotal, reclama una constante formación presbiteral o formación permanente. Como formadores, mientras continuamos adquiriendo la forma de Cristo, ayudamos a otros a que también se configuren, de aquí la palabra «formador». El seminarista no se configura para siempre, pero aprende el camino místico y los medios ascéticos que le ayudarán a alcanzarla durante el resto de su vida, a través de la contemplación y del ejemplo y la ayuda de los formadores.

La etapa de los estudios teológicos, o configuradora, se ordena de modo específico a la formación espiritual propia del presbítero, donde la conformación progresiva con Cristo hace emerger en la vida del discípulo los sentimientos y las actitudes propias del Hijo de Dios; y a la vez, lo introduce en el aprendizaje de una vida presbiteral, animada por el deseo y sostenida por la capacidad de ofrecerse a sí mismo en el cuidado pastoral del pueblo de Dios. Esta etapa facilita un arraigo gradual en la personalidad del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas, entrega la vida por ellas y va en busca de las que permanecen fuera del redil (Jn 10, 17) (Ratio 69).

La configuración con Cristo puede entenderse desde cuatro rasgos de su vida: Siervo, Pastor, Sacerdote y Cabeza.

Cristo Siervo. Este primer rasgo enlaza fuertemente con la iniciación cristiana y la vida discipular. El Señor no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la vida (Mt 20, 26-28). Se identificó con el enigmático personaje de los cantos del siervo del profeta Isaías, e invitó a sus discípulos a adoptar la posición extrema del esclavo. San Pablo, comparándose con aquellos a los que llamaba «súper apóstoles», se designa a sí mismo como «siervo» y «esclavo», demostrando de ese modo la autenticidad de su ministerio apostólico (2 Cor 11, 5-15). Es claro que el humilde servicio es un criterio de discernimiento central en la vida cristiana, pero también es central en el ministerio sacerdotal. Los primeros cristianos aplicaron la figura del siervo a Jesús y a los pastores del pueblo de Dios (1 Pe 2, 21-25). El primer paso en la configuración espiritual con Cristo es convencerse de ha-

ber sido llamado para el servicio y asumir humildemente esta encomienda, excluyendo toda pretensión y toda búsqueda de privilegios.

Cristo Pastor. Este segundo rasgo es nuclear. La imagen del pastor tiene una profunda raíz en el Antiguo Testamento. Los tres grandes personajes de la historia sagrada: Abrahán, Moisés y David, fueron sacados de detrás del rebaño para conducir al pueblo de Dios. En la tradición profética se hace un análisis crítico de la figura del pastor y del comportamiento de los malos pastores, y se consigna la promesa de que Dios mismo pastoreará a su pueblo a través de pastores que obren justamente, según su corazón (Jr 3, 15). Jesús retomó esta tradición para explicar su propio ministerio, cercano a los pobres y a los pecadores, por medio de la parábola del pastor que sale en busca de la oveja perdida (Lc 15, 1-10). Los primeros cristianos aplicaron a Jesús (1 Pe 2, 25) y al ministerio presbiteral (1 Pe 5, 1; Hch 20, 17-38) la imagen del pastor. Un segundo paso en el camino de la configuración mística con Cristo es reproducir los sentimientos del pastor, que siente la ausencia de la oveja perdida y sale a buscarla sin descansar hasta que la encuentra. Pastor es quien sale a buscar a las ovejas, las defiende de las fieras salvajes, las cura y las alimenta, las reúne en un solo rebaño. No es un asalariado, no busca sus propios intereses, no se instala en la comodidad.

Cristo Sacerdote. El tercer rasgo se refiere al oficio sacerdotal. Aunque Jesús no perteneció a una familia sacerdotal, realizó con toda autoridad la purificación del Templo de Jerusalén (Jn 2, 13-22) y su misterio pascual fue interpretado por la Carta a los Hebreos desde la figura sacerdotal. Decir que Cristo es víctima, sacerdote y altar, y aplicar estos conceptos al sacerdote significa dibujar una verdadera espiritualidad sacerdotal, caracterizada por el don definitivo de sí mismo hasta la muerte y por la unión sacrificial con el Señor crucificado y resucitado. El sacerdote vive con especial profundidad la capacidad humana de oblación, inmola su vida cada día repitiendo en primera persona las palabras de la consagración y realiza este proyecto a través de toda su actividad ministerial.

Cristo Cabeza. Este rasgo va al final porque supone todo lo anterior. El reconocimiento de la autoridad del presbítero no debe ser interpretado ni utilizado como un pretexto para satisfacer los propios deseos de poder. El modelo de la autoridad de Cristo implica poner en práctica la voluntad del Padre y ejercer la autoridad como humilde servicio. Este es el ser cabeza de Cristo con el cual todo presbítero debe configurarse. Es evidente que este último rasgo supone e implica los anteriores. Y es que la autoridad

en la Iglesia siempre está marcada por los ejemplos de Cristo y desde ella debe ser interpretada. De este modo, también el servicio de autoridad se convierte en un cauce para la configuración espiritual con Cristo y, por ello, en un rasgo de la espiritualidad sacerdotal.

2. Medios místicos y ascéticos para la configuración

El seminarista, sin descuidar lo aprendido en las dos etapas anteriores, profundiza la vivencia de una *espiritualidad sacerdotal* que comprende la oración por el pueblo de Dios, una participación más activa y consciente en los misterios de Cristo a través de la liturgia y los sacramentos, que viene ritmada por la recepción de los ministerios de lector y acólito y un sentido profundo de pertenencia a la Iglesia en el plano particular y universal.

El trabajo realizado sobre la propia personalidad adquiere ahora un sentido pastoral, consiguiendo que el seminarista, consciente de sus virtudes y defectos, llegue a *ser un puente y no un obstáculo* entre Jesucristo y los hombres a quienes está destinado a evangelizar. En este momento de la formación el seminarista pone todo lo que es y lo que tiene al servicio del Evangelio, profundizando en la pobreza, el celibato y la obediencia propias del sacerdote diocesano.

El *estudio de la teología* está profundamente vinculado a la formación, de tal modo que el seminarista traduzca sus contenidos en vida espiritual, sacerdotal y pastoral. La actividad apostólica servirá para ampliar su visión del ministerio sacerdotal específicamente en el ámbito de la Iglesia particular, aprendiendo a valorar y potenciar todos los carismas y vocaciones que se hallan presentes en ella y la constituyen.

3. La etapa teológica o configurativa

El contenido de esta etapa es exigente y fuertemente comprometedor. Se requiere una responsabilidad constante en la vivencia de las virtudes cardinales, las virtudes teologales y los consejos evangélicos, siendo dócil a la acción de Dios mediante los dones del Espíritu Santo, desde una perspectiva netamente presbiteral y misionera, junto a una gradual relectura de la propia historia personal, en la que se descubra el crecimiento de un perfil coherente de caridad pastoral, que anima, forma y motiva la vida del presbítero (Ratio 70).

Desde la perspectiva del servicio a una Iglesia particular, los seminaristas deben formarse en la espiritualidad del sacerdote diocesano, marcada por la entrega desinteresada a la circunscripción eclesiástica a la que pertenecen o a aquella en la cual, de hecho, ejercerán el ministerio, como pastores y servidores de todos, en un contexto determinado (1 Cor 9, 19) [...] Este amor imprescindible por la diócesis puede ser eficazmente enriquecido por otros

carismas, suscitados por la acción del Espíritu Santo. De modo semejante, el don sacerdotal recibido con la sagrada ordenación implica la entrega a la Iglesia universal y, por tanto, se amplía a la misión salvífica dirigida a todos los hombres, hasta los *últimos confines de la tierra* (Hch 1, 8) (Ratio 71).

A lo largo de esta etapa, según la madurez de cada candidato y aprovechando las posibilidades formativas, serán conferidos, a los seminaristas los ministerios del lectorado y del acolitado, de modo que puedan ejercerlos por un tiempo conveniente, disponiéndose mejor para el futuro servicio de la Palabra y del altar. El lectorado propone al seminarista el «reto» de dejarse transformar por la Palabra de Dios, objeto de su oración y de su estudio. La recepción del acolitado implica una participación más profunda en el misterio de Cristo que se entrega y está presente en la eucaristía, en la asamblea y en el hermano (Ratio 72).

La etapa de los estudios teológicos, o configuradora, se orienta hacia la recepción de las sagradas órdenes. Al final de la misma, o durante la etapa siguiente, si es considerado idóneo a juicio del obispo, habiendo escuchado a los formadores, el seminarista solicitará y recibirá la ordenación diaconal, con la cual obtendrá la condición de clérigo, con los correspondientes deberes y derechos, y será incardinado «o en una Iglesia particular, o en una prelatura personal o en un instituto de vida consagrada o en una sociedad...», o en una asociación o en un ordinariato que tengan tal facultad (Ratio 73).

Junto con este proceso gradual, es necesario que se trabaje en cada una de las dimensiones formativas. En la *dimensión humana*, siendo más consciente de sus límites y fortalezas, continúa en su trabajo de integración entre lo que es y está llamado a llegar a ser, vive la lucha cristiana dentro de una sana tensión, creciendo en la capacidad de salir de sí mismo para darse a los demás, superando formas de narcisismo y egoísmo que sólo lo llevan a buscar la gratificación de sus propias necesidades sin tener en cuenta las de los demás; de tal forma que negándose a sí mismo, pueda entregarse por los otros, por Dios, por la Iglesia y por los más necesitados.

En la *dimensión espiritual*, aprovechando todos los medios que la Iglesia y el Seminario le ofrecen, sigue creciendo en su camino de configuración con Cristo Siervo, Pastor, Sacerdote y Cabeza de la Iglesia. Crece en la espiritualidad diocesana valorando todos los carismas de la Iglesia y abriéndose más y más a la obra que el Padre, a través de su Espíritu, sigue haciendo en su corazón, el cual transforma en otro Cristo para la Iglesia y para el mundo.

En la *dimensión intelectual* aprovecha el estudio sistemático de la Sagrada Escritura y los contenidos teológicos en moral, liturgia, historia de la Iglesia, derecho canónico, dogma, etc., para prepararse a ofrecer un

mejor servicio eclesial, es decir, que integra la teoría con la práctica, de modo que lo aprendido en el ámbito teológico transforma su propia vida y lo dispone para acompañar a otros en el seguimiento de Cristo.

En la *dimensión pastoral*, integrando las demás dimensiones, es decir, la capacidad de salir de su propio yo para hacerse servidor de los demás, especialmente de los más pobres, haciéndose más dócil a la acción de la gracia para configurarse con Cristo Siervo y Pastor.

Integrando la teoría adquirida en sus estudios teológicos, se hará más sensible a las necesidades de la Iglesia y de la humanidad para responder generosamente, sirviendo en los diferentes ámbitos de la pastoral diocesana y parroquial. Las actividades pastorales propias de esta etapa ayudan a que el seminarista comprenda y acepte con mayor profundidad la amplitud de la misión de la Iglesia y del ministerio sacerdotal.

4. La etapa pastoral

El *objetivo* de esta etapa es doble (Ratio 74): *insertarse* en la vida pastoral, mediante una gradual asunción de responsabilidades, con espíritu de servicio; y *esforzarse* mediante una adecuada preparación, recibiendo un acompañamiento específico con vistas a la recepción del presbiterado.

En esta etapa el candidato es invitado a declarar de modo libre, consciente y definitivo la propia voluntad de ser presbítero, después de haber recibido la ordenación diaconal.

La etapa pastoral (o de síntesis vocacional) incluye el periodo entre el fin de la estancia en el Seminario y la ordenación presbiteral, pasando obviamente a través de la recepción del diaconado (Ratio 74). La duración de esta etapa formativa es variable y depende de la tradición de la diócesis y de la madurez e idoneidad del candidato. No obstante, es necesario respetar al menos los tiempos canónicos establecidos entre la recepción del diaconado y del presbiterado (cf. CIC, can. 1034-1035) (Ratio 76).

Comúnmente, esta etapa se realiza fuera del edificio del Seminario, al menos por un tiempo considerable. Este periodo, que habitualmente se vive en el servicio a una comunidad, puede incidir significativamente en la personalidad del candidato. Se recomienda, por ello, que el párroco, u otro responsable de la realidad pastoral que acoge al seminarista, sea consciente de la responsabilidad formativa que recibe y lo acompañe en su gradual inserción (Ratio 75).

La *ordenación diaconal y presbiteral*. Como conclusión del ciclo formativo del Seminario, los formadores deben ayudar al candidato a aceptar con

docilidad la decisión que el obispo tome sobre él. Aquellos que reciben el sagrado orden necesitan una conveniente preparación, especialmente de carácter espiritual (cf. CIC, can. 1039). El espíritu orante, fundado en la relación con la persona de Jesús, y el encuentro con figuras sacerdotales ejemplares, acompañen la meditación asidua de los ritos de la ordenación, que, en las oraciones y en los gestos litúrgicos, sintetizan y expresan el profundo significado del sacramento del Orden en la Iglesia (Ratio 77).

Conviene que se distinga claramente el proceso específico de preparación al diaconado de aquel que se ordena al presbiterado, tratándose de dos momentos distintos. Por tanto, no habiendo razones graves que induzcan a proveer diversamente, será oportuno no unir en la misma celebración ordenaciones de diáconos (transitorios o permanentes) y de presbíteros, a fin de poder dar a cada momento la debida y peculiar atención y de facilitar la comprensión de los fieles (Ratio 78).

Integralidad. En la *dimensión espiritual* el candidato a las órdenes sagradas pone en práctica los medios de la vida espiritual en el contexto de una comunidad cristiana y en el servicio pastoral. El seminarista necesita experimentar su futura vida espiritual presbiteral.

El crecimiento espiritual será mutuo entre la comunidad a la cual sirve y su propia persona, ya que se santifica sirviendo y sirviendo de ayuda en la santificación de los otros. Comienza a asumir un estilo de vida sacerdotal, a través del celibato, la fraternidad presbiteral, la unión con una comunidad y el ejercicio responsable de la misión que se le encomienda.

En la *dimensión humana*, gracias al trabajo realizado sobre su propia persona durante los años precedentes, adquiere una mayor apertura a la realidad de las personas y comunidades. Ha alcanzado una mayor capacidad para el servicio apostólico. Se considera un servidor humilde y disponible donde lo necesiten. Ha crecido en la capacidad de ser dueño de sí mismo, de tal manera que su personalidad no sea un obstáculo para evangelizar; al contrario, con sus rasgos y características personales se hace instrumento de la evangelización. A nivel comunitario, luego de la experiencia vivida a lo largo del Seminario, ha crecido en su capacidad para: compartir con los otros, aceptándolos con sus cualidades y defectos y así llevar en común la misión encomendada, enfrentar las dificultades de la realidad, ayudar y dejarse ayudar para crecer juntos en la respuesta a la llamada divina.

En la *dimensión intelectual*, pone al servicio de la misión específica los conocimientos y capacidades de trabajo que ha adquirido. Su preparación intelectual y práctica la pone al servicio de los otros, permaneciendo abier-

to a seguir aprendiendo de ellos, sobre todo de los mayores, que con su experiencia de vida tienen mucho que aportar. Mantiene el interés cultural e intelectual para estar siempre formándose. Si el candidato continúa sus estudios, haciendo alguna especialización, es necesario que tenga claridad del objetivo de tales estudios: la misión en la Iglesia.

La *dimensión pastoral* permite concretizar su misión en la palabra «servicio», sobre todo de los más necesitados, enfermos, pobres, etc. Es importante trabajar en comunidad, saber escuchar a los otros, tomar decisiones en común, discernir comunitariamente. El candidato crecerá en la libertad para poner sus recursos humanos y materiales al servicio de la misión específica.